

me daban los seis mil francos de la dote, ella estaría casada á esta hora. Pero ¿no es verdad? eso seguía subiendo y he pensado en mí, he querido primero seiscientos, después ochocientos, luego mil francos de renta; ¡tanto más cuanto que la pequeña habría heredado ese dinero, más tarde... ¡Y decir que, un momento, al precio de tres mil, he tenido en la mano ochenta mil francos, con qué constituirla su dote de seis mil y retirarme yo con nuevecientos francos de renta! ¡No, yo quería mil! ¡Qué tontería! Y ahora eso no representa ni siquiera doscientos francos... ¡Ah, yo tengo la culpa, mejor habría hecho en tirarme al río!

Carolina muy conmovida por su dolor, lo dejaba desahogarse. Sin embargo, habría querido saber más.

—¿Se ha marchado, mi pobre Dejoie! ¿Y cómo se ha marchado?

Entonces, él experimentó algún embarazo, mientras que un débil rubor subía á su faz descolorida.

—Sí, se ha marchado, ha desaparecido hace tres días... Había hecho el conocimiento de un caballero que vivía enfrente de nosotros, ¡oh! un caballero muy elegante, un hombre de cuarenta años... En fin, se ha escapado.

Y, mientras que él daba detalles, buscando las palabras, con lengua muy torpe, Carolina volvía á ver á Natalia, delgada y rubia, con su gracia frágil de hija del pueblo parisién. Volvía á ver,

sobre todo, sus grandes ojos, de mirada tan serena y tan fría, de una extraordinaria limpidez de egoísmo. Se había dejado adorar de su padre, como un ídolo, dichosa, formal, todo el tiempo que había tenido interés en serlo, incapaz de una caída en tonto, mientras que esperaba una dote, un matrimonio, un mostrador en una tiendecita donde habría sido soberana. Pero continuar una vida de pobreza, vivir miserable con el bonachón de su padre, obligado á volver á trabajar, ¡ah, no, ya estaba harta de aquella existencia poco divertida, ahora ya sin esperanza! Y se había largado, se había puesto friamente sus botinas y su sombrero para irse á otra parte.

—¡Dios mío! —seguida balbuceando Dejoie— no se divertía mucho en nuestra casa, es verdad; y cuando se es linda, es muy triste perder su juventud aburriéndose... Pero de todos modos, ha sido muy cruel. Haceos cargo: sin decirme siquiera adiós, ni una palabra por escrito, ni la menor promesa de ir á verme de cuando en cuando.... Ha cerrado la puerta, y asunto concluido. Ya veis, mis manos tiemblan, me he quedado como tonto. No puedo remediarlo: sigo buscándola por nuestra casa. ¡Después de tantos años!... ¡Dios mío, será posible que ya no la vea, que haya perdido para siempre á mí pobrecita hija!

Había cesado de llorar, y su mudó dolor revelaba tanta angustia, que Carolina le cogió las dos manos, sin encontrar otro consuelo que repetirle:

— ¡Mi pobre Dejoie, mi pobre Dejoie!... Luego, para distraerle, volvió á la catástrofe del Universal. Excusábase por haberlo dejado tomar acciones, juzgaba severamente á Saccard, sin nombrarlo. Pero, de pronto, el antiguo mozo de escritorio se reanimó. Mordido por el juego, todavía se apasionaba.

— El señor Saccard, ¡eh! tuvo razón al impedirme que vendiese. El negocio era soberbio; y nos los habríamos comido á todos, sin los traidores que nos han abandonado... ¡Ah, señora! si el señor Saccard estuviera aquí, la cosa marcharía de otro modo. Nuestra muerte ha sido que lo metan en la cárcel. Sólo él podría salvarnos todavía... Yo se lo he dicho al juez: «Señor, devolvédnoslo, y yo le confío de nuevo mi fortuna, y le confío mi vida, porque ¡mirad! ese hombre es Dios. Hace todo lo que quiere.»

Carolina lo miraba estupefacta. ¿Cómo? ¿Ni una palabra de cólera, ni un reproche? Aquella era la fe ardiente de un creyente. ¿Qué poderosa influencia había, pues, tenido Saccard sobre el rebaño, para disciplinarlo bajo tal yugo de credulidad?

— En fin, señora, yo había venido únicamente para deciros esto, y hay que dispensarme si os he hablado de mis penas, porque no tengo la cabeza muy fuerte... Cuando veáis al señor Saccard, repetidle bien que estamos siempre á su lado. Y se fué, con su paso vacilante; y, al quedar-

se sola, Carolina tuvo un instante horror á la existencia. Aquel desgraciado le había partido el corazón, y ella sentía contra el otro, contra el que no nombraba, un acrecentamiento de cólera, cuya explosión contenía dentro de sí. Por otra parte, llegaban más visitas, aquella mañana era esto un desbordamiento.

En la oleada, los Jordan, sobre todo, la conmovieron todavía. Pablo y Marcela iban, como buenos casados que daban siempre juntos los pasos graves, á preguntarle si sus padres, los Maugendres, no podrían realmente sacar ya nada de sus acciones del Universal. Por este lado, aquel era también un desastre irreparable. Antes de las grandes batallas de las dos últimas liquidaciones, el antiguo fabricante de toldos poseía ya setenta y cinco títulos que le habían costado próximamente ochenta mil francos: soberbio negocio, puesto que, en un momento, al precio de tres mil francos, aquellos títulos representaban doscientos veinticinco mil. Pero lo terrible era que, en el apasionamiento de la lucha, había jugado en descubierto, creyendo en el genio de Saccard, comprando siempre; y las aterradoras diferencias que hubo de pagar, más de doscientos mil francos, acababan de llevarse el resto de su fortuna, aquellos quince mil francos de renta tan rudamente ganados en treinta años de trabajo. Ya no tenía nada, apenas si podría pagarlo todo después de vender su hotelito de la calle Legendre, de que tan orgulloso estaba. Y en

aquel desastre, la señora Maugendre era seguramente más culpable que él.

—¡Ah, señora—explicó Marcela con su amable rostro, tan alegre, que aun en medio de las catástrofes seguía fresco y riante—no podéis imaginaros cómo se ha vuelto mamá! Ella, tan prudente, tan económica que daba miedo á sus criadas, siempre sobre éstas, escudriñando sus cuentas, no hablaba ya más que por centenares de miles de francos; empujaba á papá ¡oh! mucho menos valiente y dispuesto á escuchar al tío Chavé, si ella no lo hubiera vuelto loco con su sueño de atrapar el premio gordo, el millón.... Desde luego que esto les ha entrado leyendo los periódicos financieros; papá se había apasionado el primero, pero la verdad es que se ocultaba al principio; luego, cuando mamá ha emprendido el mismo camino, después de haber, durante mucho tiempo, profesado contra el juego un horror de buena ama de casa, todo ha ardidó, la cosa no ha sido larga. ¡Es posible que la rabia de la ganancia cambie hasta este punto á buenas gentes!

Jordan intervino, sonriendo al recuerdo de la figura del tío Chavé, que una palabra de su mujer acababa de evocar.

—¡Y si hubierais visto la calma del tío en medio de estas catástrofes! Bien lo había anunciado él; su triunfo lo ahogaba en su cuello de crin... Ni un día ha faltado á la Bolsa, ni un día ha dejado de jugar su juego infimo, al contado, satisfecho con llevarse sus quince ó veinte francos

todas las tardes, como un buen empleado que ha aprovechado bien el día. Alrededor suyo corrían los millones por todas partes, en dos horas hacíanse y deshacíanse gigantescas fortunas, llovía el oro á cántaros entre rayos y truenos, y él seguía sin fiebre, ganándose su modesta vida, su pequeña ayuda para sus pequeños vicios.... Es un picarón, las lindas muchachuelas de la calle Nollet han tenido sus pasteles y sus bombones.

Esta alusión, hecha con buen humor, á las ridiculeces del capitán, hizo reír á las dos mujeres. Pero en seguida volvieron á la tristeza de la situación.

—¡Oh! no—declaró Carolina,—no creo que vuestros padres puedan sacar nada de sus acciones. Me parece negocio concluido. Están á treinta francos, y van á caer á veinte, á cinco.... ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de los pobres, á su edad, con sus costumbres de desahogo?

—¡Diablo!—respondió sencillamente Jordan—habrá que ocuparse de ellos.... No somos muy ricos todavía, pero la cosa comienza, al fin, á marchar, y no los dejaremos en la calle.

Acababa de tener un triunfo. Después de tantos años de ingrato trabajo, su primera novela, publicada primero en un periódico y después por un editor, había tenido un gran éxito; y se encontraba rico con algunos millares de francos, con todas las puertas abiertas ya ante sí, ansiando ponerse otra vez al trabajo, seguro de la fortuna y de la gloria.

—Si no podemos llevarlos con nosotros, les alquilaremos un cuartito. ¡Todo se arreglará, qué diantre!

Marcela, que lo miraba con loca ternura, sintió un ligero estremecimiento.

—¡Oh, Pablo, Pablo, qué bueno eres!

Y se echó á sollozar.

—Vamos, hija mía, calmaos, yo os lo suplico —repetía Carolina acercándose á ella asombrada.

—No hay que afligirse.

—No, dejadme, si no me aflijo... Pero, verdaderamente, todo esto es una tontería. Quiero que me digáis si, cuando me casé con Pablo, no habrían hecho bien en darme la dote de que siempre habían hablado. Con el pretexto de que Pablo no poseía ni un céntimo y que yo hacía una tontería manteniendo, á pesar de esto, mi promesa, no soltaron ni un sueldo... ¡Ah, bien adelantados están ellos ahora! ¡Hoy tendrían mi dote, porque ésta no se la habría comido la Bolsa!

Carolina y Jordán no pudieron dejar de reirse. Pero esto no consolaba á Marcela, que lloraba más fuerte.

—Y no es eso solo... Cuando Pablo era pobre, tuve un sueño. ¡Sí! como en los cuentos de hadas, soñé que era una princesa y que un día daría yo á mi príncipe arruinado mucho, mucho oro, para ayudarle á ser un gran poeta... ¡Y he aquí que no tiene necesidad de mí, he aquí que más bien soy yo un estorbo con mi familia! Él

tendrá todo el trabajo, él hará todos los gastos...

¡Ah, se me parte el corazón!

Pablo la había cogido vivamente entre sus brazos.

—¿Pero qué es lo que estás diciendo, tontona? ¿Es que la mujer tiene necesidad de aportar algo? Te aportas tú misma, tu juventud, tu ternura, tu hermoso humor, y no hay una princesa en el mundo que pueda dar más!

Marcela se tranquilizó en seguida, llena de dicha por ser amada así, encontrando, en efecto, que era una gran tontería llorar.

Él, continuaba:

—Si tu padre y tu madre quieren, los instalaremos en Clichy, donde he visto pisos bajos con jardines, baratos... Me gustaría que vivieran en nuestra casita, pero aquello, con nuestros cuatro muebles, es demasiado estrecho; tanto más, cuanto que vamos á necesitar sitio...

Y, sonriendo de nuevo, volviéndose hacia Carolina, que asistía muy conmovida á aquella escena, añadió:

—Sí, señora, vamos á ser tres, y bien se puede confesar la cosa, ahora que soy un caballero que se gana su vida!... ¿Verdad, señora, que este es otro regalo que me va á hacer, ella que llora por no haberme traído nada?

Carolina, en la incurable desesperación de su esterilidad, miró á Marcela un poco ruborizada y cuyo talle, ya ensanchado, no había notado to-

davía. A su vez, llenáronse á ella los ojos de lágrimas.

—¡Ah, hijos míos, amaos mucho, vosotros sois los únicos razonables y los únicos dichosos!

Antes de despedirse, Jordán dió detalles acerca del periódico *La Esperanza*. Alegremente, con su horror instintivo á los negocios, hablaba de aquella casa como de la más extraordinaria caverna, resonante siempre con los martillazos de la especulación. Todo el personal, desde el director hasta el mozo de la redacción, especulaba, y sólo él, decíalo riendo, no había jugado, muy mal visto, despreciado de todos. Por otra parte, el derrumbamiento del *Universal* y sobre todo, la prisión de Saccard, habían matado el periódico. Hubo una desbandada de redactores, mientras que Jantrou se obstinaba, puesto en el último apuro, en agarrarse á aquella tabla para vivir todavía de los últimos restos del naufragio. Estaba rematado; aquellos tres años de prosperidad lo habían consumido en un monstruoso abuso de todo lo que se compra, semejante á esos vagabundos que revientan de indigestión el día en que se sientan á una mesa. Y la cosa curiosa, lógica por lo demás, era la degradación final de la baronesa Sandorff, caída hasta aquel hombre, en medio del desarrollo de la catástrofe, llena de rabia y queriendo recoger su dinero.

Al nombre de la baronesa, Carolina había palidecido ligeramente, mientras que Jordan, que

deseñocla la rivalidad de las dos mujeres, completaba su relato.

—Ignoro por qué se ha entregado. Acaso ha creído que él le daría noticias, gracias á sus relaciones de agente de publicidad. Acaso ha rodado hasta él, por las leyes mismas de la caída, bajando cada vez más. En la pasión del juego hay un fermento desorganizador, que he observado con frecuencia, que lo corroe y lo pudre todo, que hace de la criatura de raza mejor educada y más orgullosa un andrajo humano, el desecho barrido al arroyo... En todo caso, si ese bribón de Jantrou no ha olvidado los puntapiés que le daba, á lo que se dice, el padre de la baronesa, cuando iba en otro tiempo á solicitar sus órdenes, bien se ha vengado ahora; porque un día en que volví al periódico con objeto de que me pagasen, abrí una puerta de pronto, en el momento en que disputaban violentamente, y vi con mis propios ojos á Jantrou abofeteando á la Sandorff... ¡Oh, aquel hombre borracho, perdido de alcohol y de vicios, golpeaba con una brutalidad de cochero á aquella señora de la alta sociedad!

Con un gesto de angustia, Carolina le hizo callarse. Le parecía que aquel exceso de envilecimiento la salpicaba á ella misma.

Cuando se iban á marchar, Marcela le cogió la mano muy cariñosamente.

—No creáis al menos, querida señora, que hemos venido á daros un disgusto. Pablo, por

el contrario, defiende mucho al señor Saccard.

—¡Seguramente!—exclamó el joven. — Ha sido siempre muy amable conmigo. Jamás olvidaré el modo cómo nos libró del terrible Busch. Y además, es, á pesar de todo, un hombre que vale mucho..... Cuando lo veáis, decidle que este matrimonio le guarda un vivo reconocimiento.

Cuando los Jordan se hubieron marchado, Carolina hizo un gesto de muda cólera. ¡Reconocimiento! ¿Por qué? ¿Por la ruina de los Maugendre? Aquellos Jordan eran como Dejoie; se iban con las mismas palabras de excusa y mostrando buenos deseos. Y sin embargo, ellos lo sabían todo, pues no era un ignorante este escritor que había atravesado el mundo de la Bolsa, lleno de tan hermoso desprecio por el dinero. En ella, la indignación seguía, aumentaba. ¡No! No era posible el perdón, había demasiado cieno. La bofetada de Jantrou á la baronesa, no la ven-gaba. Saccard era quien lo había podrido todo.

Aquel día debía ir Carolina á casa de Mazaud, á propósito de ciertos documentos que había que unir al proceso de su hermano. Deseaba también saber cuál sería su actitud, en el caso en que la defensa lo citara como testigo. La cita era para las cuatro, después de la Bolsa; y, sola al fin, pasó más de hora y media en clasificar los datos que había obtenido ya. Comenzaba á ver claro en el montón de ruinas. Del mismo modo, al día siguiente de un incendio, cuando se ha

disipado el humo y las brasas se han apagado, se remueve los materiales, con la viva esperanza de encontrar el oro de las alhajas fundidas.

Habíase preguntado al principio á dónde habría ido á parar el dinero. En aquel naufragio de doscientos millones, preciso era que, si se habían vaciado algunos bolsillos, otros se hubieran llenado. De todos modos parecía cierto que los bajistas no habían recogido toda la suma; una espantosa filtración se había llevado más de la tercera parte. En la Bolsa, los días de catástrofe, diríase que el suelo se bebe el dinero, allí se pierde, se queda un poco en todas las manos. Gundermann debía haberse quedado, él solo, con unos cincuenta millones. Después venía Daigremont con doce ó quince. Se citaba también al marqués de Bohain, cuya jugada clásica había salido bien una vez más: al alza con Mazaud, rehusaba pagar, mientras que había cobrado cerca de dos millones con Jacoby con quien iba á la baja; pero esta vez, aun sabiendo que el marqués tenía puestos sus bienes á nombre de su mujer, como un fullero, Mazaud, enloquecido por sus pérdidas, hablaba de llevarlo á los tribunales. Por lo demás, casi todos los administradores del Universal se habían cortado regiamente su parte, los unos como Huret y Kolb realizando á los precios más altos, antes de la catástrofe, los otros, como el marqués y Daigremont, pasándose á los bajistas, por una táctica de traidores; sin contar que, en una de sus úl-

timas reuniones, cuando la sociedad estaba expirando, el consejo de administración hizo acreditar á cada uno de sus miembros cien mil y pico de francos. En fin, en el *parquet*, Delarocque y Jacoby, sobre todo, pasaban por haber ganado personalmente grandes sumas, hundidas ya, por lo demás, en los dos abismos siempre abiertos, imposibles de llenar: para el primero la injuria, para el otro la pasión del juego. Corría también el rumor de que Nathansohn se convertía en uno de los reyes del *corro*, gracias á una ganancia de tres millones que había realizado jugando por su cuenta á la baja, mientras que jugaba al alza por Saccard; y su extraordinaria suerte estaba en que habría saltado ciertamente, comprometido por compras considerables á nombre del Universal que ya no pagaba, si no hubiera habido que pasar la esponja, que perdonar todo lo que éste debía, más de cien millones, al *corro* entero, reconocido insolvente. Decididamente era un hombre dichoso y diestro aquel Nathansohn. ¡Y qué graciosa aventura, que hacía sonreír las gentes, guardar lo que se ha ganado y no pagar lo que se ha perdido!

Pero las cifras seguían vagas, Carolina no podía llegar á una apreciación exacta de las ganancias, porque las operaciones de Bolsa se hacen en completo misterio, y los agentes de cambio guardan estrechamente el secreto profesional. Ni siquiera se hubiera sabido nada examinando los *carnets*, en los cuales no se inscribe los

nombres. Así, intentó en vano conocer la suma que habría debido llevarse Sabatani, desaparecido á consecuencia de la última liquidación. Otra ruina, por esta parte, que afectaba duramente á Mazaud. Era la historia corriente: el cliente desconocido, acogido al principio con desconfianza, que depositaba una pequeña garantía de dos ó tres mil francos, y jugaba con prudencia durante los primeros meses, hasta el día en que, olvidada la pequeñez de la garantía, hecho amigo del agente de cambio, tomaba las de Villadiego, al día siguiente de cualquier golpe de mano. Mazaud hablaba de ejecutar á Sabatani, lo mismo que había ejecutado á otro, á Schlosser, un tunante de la misma cuadrilla, de la eterna cuadrilla que explota el mercado, como los ladrones de otros tiempos explotaban un bosque. Y el levantino, aquel italiano mestizo de oriental, de aterciopelados ojos, á quien una leyenda atribuía un fenómeno del que se hablaban al oído las mujeres curiosas, se había ido á espumar la Bolsa de alguna capital extranjera, decía se que en Berlín, esperando á que se le olvidase en la de París, á la que volvería, saludado de nuevo, dispuesto á comenzar otra vez su juego, en medio de la tolerancia general.

Además, Carolina tenía hecha una lista de los desastres. La catástrofe del Universal había sido una de esas terribles sacudidas que quebrantan toda una población. Nada quedaba á plomo y sólido, las grietas se comunicaban

á las casas vecinas, todos los días había nuevos hundimientos. Los bancos se derrumbaban unos sobre otros, con el repentino desplome de las paredes que han permanecido en pie después de un incendio. En medio de una muda consternación oíase aquellos ruidos de ruinas, y todo el mundo se preguntaba dónde se detendrían estas. Lo que á Carolina le destrozaba el corazón más que los banqueros, las sociedades, los hombres y las cosas financieras destruidas, arastradas por la tormenta, era aquellas pobres gentes, accionistas y hasta especuladores, á quienes ella había conocido y amado y que estaban entre las víctimas. Después de la derrota, contaba sus muertos. Y no se hallaban solamente entre estos su pobre Dejoie, los Maugendre imbéciles y dignos de lástima, las tristes señoras de Beauvilliers, cuya suerte era tan conmovedora. Otro drama la tenía afligida, la quiebra del fabricante de seda Sedille, declarada la víspera. A éste, habiéndolo visto en el terreno como administrador, el único del consejo, decía, á quien pudiera confiarse diez sueldos, lo proclamaba el hombre más honrado del mundo. ¡Qué cosa tan horrible, la pasión del juego! ¡Un hombre que consumió treinta años en fundar con su trabajo y su probidad una de las casas más sólidas de París, y que en menos de tres la había comprometido, la había quebrantado hasta el punto de que, de un golpe, habíase venido á tierra! ¡Con qué amargura recordaría los días laboriosos de otro tiempo, cuan-

do creía aún en la fortuna ganada con un lento esfuerzo, antes de que una primera ganancia de azar le hubiera hecho despreciar aquella, devorado por el sueño de conquistar en la Bolsa, en una hora, el millón que demanda toda la vida de un comerciante honrado! Y la Bolsa se lo había llevado todo, el desdichado quedaba aniquilado, hundido, incapaz é indigno de volver á los negocios, con un hijo cuyos vicios lo llevarían acaso á la estafa, aquel Gustavo, aquella cabeza alegre y amiga de fiestas, que tenía sobre sí cuarenta ó cincuenta mil francos de deudas, comprometido ya en una sucia historia de pagarés firmados á Germana Corazón. Asimismo se apenaba Carolina por otro pobre diablo, el corredor Massias, y Dios sabía si ella se mostraba tierna de ordinario con esos terceros del engaño y del robo. Pero también había conocido á éste, con sus ojos saltones y dulces y su aire de perro dócil castigado, cuando corría París para conseguir algunas órdenes insignificantes. Si por un instante se hubo creído, pensando que al fin había llegado su vez, uno de los amos del mercado, y que tenía cogida á la suerte, detrás de Saccard, ¡con qué espantosa caída había despertado de su sueño, por tierra, rotos los riñones! Debía setenta mil francos, y pagó, cuando podía alegar la excepción de juego, como tantos otros; había hecho, pidiendo prestado á sus amigos, empeñando su vida entera, aquella tontería sublime é inútil de pagar, que nadie apreciaba y

que hasta hacía que, á su espalda, se encogieran de hombros con desprecio. Su rencor no se exhalaba más que contra la Bolsa, sintiendo otra vez repugnancia por el sucio oficio que ejercía, gritando que era preciso ser judío para salir allí adelante, resignándose, sin embargo, á seguir, puesto que allí estaba, con la obstinada esperanza de que podría ganar el premio gordo, en tanto que tuviera buena vista y buenas piernas. Pero, sobre todo, los muertos que llenaban de una piedad infinita el corazón de Carolina, eran los desconocidos, las víctimas sin nombre, sin historia. Estos componían toda una legión, amontonados en las apartadas breñas, en los fosos cubiertos de hierbas; y también existían allí cadáveres perdidos, heridos que espiraban detrás de cada tronco de árbol. ¡Cuántos espantosos dramas mudos, la multitud de los pequeños rentistas pobres, de los pequeños accionistas que habían puesto todas sus economías en un mismo valor, los porteros retirados, las pálidas solteras que vivían con un gato, los jubilados de provincia de metódica existencia de maniacos, los curas de aldea desnudados por la limosna, todos esos seres ínfimos, cuyo presupuesto es de algunos sueldos, tanto para la leche, tanto para el pan, un presupuesto tan exacto y tan reducido, que la falta en él de dos sueldos ocasiona un cataclismo! ¡Y de pronto, todo acabado, la vida interrumpida, arrastrada, viejas manos temblorosas, sin tino, palpando en las tinieblas, inútiles para el traba-

jo, todas aquellas existencias humildes y tranquilas, lanzadas bruscamente en el espanto de la necesidad! Cien cartas desesperadas vinieron de Vendome, donde el señor Fayeux, cobrador de rentas, había agravado el desastre desapareciendo. Depositario del dinero y de los títulos de los clientes, por quienes operaba en la Bolsa, se puso á jugar él mismo un juego terrible; y habiendo perdido y no queriendo pagar, se había largado con algunos centenares de miles de francos que tenía entre sus manos. Alrededor de Vendome, en las granjas más retiradas, dejaba la miseria y las lágrimas. Por todas partes había llegado de este modo el sacudimiento hasta las humildes cabañas. Como después de las grandes epidemias, las víctimas dignas de lástima ¿no eran esa población media, el pequeño ahorro, que sólo los hijos podrían reconstruir á fuerza de años de dura labor?

Carolina salió, al fin, para ir á casa de Mazaud; y mientras que se dirigía á pie á la calle del Banco, pensaba en los repetidos golpes que caían sobre el agente de cambio, hacía quince días. Fayeux le robaba trescientos mil francos, Sabatani le dejaba una cuenta no pagada de cerca del doble, el marqués de Bohain y la baronesa Sandorff rehusaban abonar los dos más de un millón de diferencias, la quiebra de Sedille le llevaba próximamente la misma suma, sin contar los ocho millones que le debía el Universal, aquéllos por los que había reportado á Saccard,

la espantosa pérdida, el abismo en que, de hora en hora, esperaba verlo desaparecer la Bolsa llena de ansiedad. En dos ocasiones corrió ya el rumor de la catástrofe. Y en aquel encarnizamiento de la suerte, acababa de ocurrir otra desgracia que iba á ser la gota de agua que hace desbordarse el vaso: la antevispera había sido detenido el empleado Flory, convicto de haber distraído ciento ochenta mil francos. Poco á poco fueron creciendo las exigencias de la señorita Chuchu, la antigua figuranta, la flacucha langosta del arroyo parisién: primero alegres expediciones no caras, luego el cuarto de la calle Condorcet, después alhajas y encajes; y lo que había perdido al desdichado y tierno mozo había sido su primera ganancia de diez mil francos, después de Sadowa, aquel dinero de placer tan pronto ganado, tan pronto gastado, que necesitaba más y más, en una fiebre de pasión, para la mujer tan caramente comprada. Pero la historia se hacía extraordinaria por el hecho de que Flory robase á su principal para pagar su deuda de juego á otro agente: singular honradez, aturdimiento ante el peligro de la ejecución inmediata, esperanza sin duda de ocultar el robo, de tapar el agujero con alguna operación milagrosa. Había llorado mucho en la cárcel, en un horrible despertar de vergüenza y de desesperación; y se decía que su madre, llegada aquella mañana misma de Saintes para verlo, tuvo que

meterse en cama en casa de los amigos donde paraba.

¿Qué cosa más extraña la suerte! pensaba Carolina, al atravesar la plaza de Bolsa. El extraordinario éxito del Universal, aquella ascensión rápida en el triunfo, en la conquista y la dominación, en menos de cuatro años, y luego aquel brusco hundimiento, aquel colosal edificio reducido á polvo en un mes, la seguían asombrando. ¿Y no estaba allí también la historia de Mazaud? Con seguridad, jamás otro hombre había visto el destino sonreírle hasta aquel punto. Agente de cambio á los treinta y dos años, muy rico ya por la muerte de su tío, feliz marido de una mujer encantadora que lo adoraba y le había dado dos hermosos hijos, era además un hombre guapo, é iba adquiriendo de día en día en el *parquet* un lugar más considerable, por sus relaciones, su actividad, su olfato verdaderamente sorprendente, hasta por su voz aguda, aquella voz de pifano que se hacía tan célebre como el trueno de Jacoby. Y, de repente, he aquí que todo crujía, que se encontraba al borde del abismo, bastaba un soplo para hacerle rodar hasta el fondo. Sin embargo, él no había jugado, protegido todavía por su ardor en el trabajo y su juventud inquieta. Se sintió herido en plena lucha leal, por inexperiencia y pasión, por haber creído demasiado en los otros. Por lo demás, las simpatías seguían vivas, hasta se pretendía que podría salir de aquello con mucho aplomo.